

España cuenta con una ventaja estructural frente a otros países europeos: un peso creciente de las energías renovables que permite generar electricidad a costes cada vez más bajos en numerosas horas del día. Sin embargo, esta realidad no siempre se traslada al consumidor final, que sigue percibiendo una factura eléctrica elevada. La explicación no está únicamente en el mercado mayorista, sino en un elemento menos visible pero cada vez más determinante: las redes y las restricciones técnicas del sistema.

En las últimas semanas, el foco del debate energético se ha centrado en la incertidumbre geopolítica y en su impacto sobre el mercado mayorista de electricidad. El encarecimiento del gas y la volatilidad asociada están elevando los precios del pool, generando preocupación en empresas y consumidores. Sin embargo, esta visión es incompleta. El precio mayorista es solo uno de los componentes de la factura eléctrica y, en muchos momentos del día, ni siquiera el más relevante.

De hecho, una parte significativa del coste final de la electricidad viene determinada por otros conceptos, como los servicios de ajuste, el término de ajuste de mercados a plazo o los peajes y cargos. Son estos elementos los que explican por qué, incluso en horas en las que el precio mayorista es muy bajo –o incluso cercano a cero–, el consumidor sigue pagando importes elevados.

Uno de los componentes que más se ha encarecido en los últimos tiempos son los servicios de ajuste. Estos mecanismos, necesarios para garantizar el equilibrio y la estabilidad del sistema eléctrico en tiempo real, se han encarecido de forma notable. La razón es estructural: el mix energético ha cambiado. La mayor penetración de energías renovables, especialmente solar y eólica, introduce una mayor variabilidad en la generación, lo que obliga a realizar más ajustes para garantizar el suministro. A ello se suman las mayores exigencias técnicas del sistema, que han cobrado especial relevancia tras episodios recientes de tensión en la red.

Por otro lado, la volatilidad del mercado mayorista también está teniendo un impacto directo en el denominado término de ajuste de mercados a plazo. Este componente refleja el coste de las coberturas realizadas por las comercializadoras para protegerse frente a la incertidumbre de precios. Cuanto mayor es la volatilidad, mayor es el coste de estas coberturas y, por tanto, mayor el ajuste que se traslada al consumidor final. En este contexto, la falta de capacidad suficiente de almacenamiento energético agrava el problema, al impedir suavizar las diferencias de precio entre las distintas horas del día.

Pero el elemento más estructural es el papel de las redes. La transición energética no consiste únicamente en instalar más capacidad renovable, sino en ser capaces de transportar, distribuir y ges-



Una torre eléctrica junto a una estación de alta tensión en Benejama (Alicante). GETTY IMAGES

Renovables, redes y el coste real de la electricidad: el eslabón que falta

Por Manuel Cortés. El debate en España se ha centrado en el precio del mercado mayorista, cuando el reto es la gestión del sistema en su conjunto

'Managing director' de Alvarez & Marsal Valuation Services

tionar esa energía de forma eficiente. En muchos casos, la red actual no está preparada para absorber toda la generación renovable disponible ni para gestionarla de forma óptima. Esto genera cuellos de botella, restricciones técnicas y, en última instancia, sobrecostes que acaban repercutiendo en el consumidor.

Esta falta de desarrollo equilibrado entre generación y redes no solo tiene implicaciones para el consumidor, sino también para el propio sector energético. La incertidumbre sobre la capacidad de evacuación, las limitaciones técnicas o los retrasos en infraestructuras están afectando al retorno esperado de las inversiones y, en consecuencia, a la valoración de los activos de generación. Proyectos que, sobre el papel, deberían ser competitivos, se enfrentan a mayores riesgos operativos y regulatorios, lo que penaliza sus múltiplos y dificulta su financiación. Para los inversores, el riesgo ya no reside únicamente en la evolución de los precios de la energía, sino en la capacidad real de los activos para evacuar y gestionar la energía producida.

En paralelo, los consumidores finales perciben una paradoja difícil de explicar: pese al importante esfuerzo realizado en los últimos años para desplegar energías renovables, su factura eléctrica no refleja plenamente los beneficios de ese cambio de modelo. Esto no significa que la transición energética esté fallando, sino que todavía está incompleta. En muchos

momentos, el coste que paga el consumidor no está determinado únicamente por el precio de generar electricidad, sino por las ineficiencias del sistema para gestionarla, transportarla y ajustarla en tiempo real, y esto tiene un impacto directo en la competitividad de las empresas y en la capacidad de la economía para aprovechar una de sus principales ventajas estructurales.

El reto ya no es únicamente producir energía limpia y barata, sino ser capaces de integrarla en el sistema de forma eficiente. Para ello, será imprescindible acelerar la inversión en redes, impulsar el desarrollo del almacenamiento energético y mejorar el marco regulatorio que facilite soluciones como los contratos de compraventa de energía a largo plazo (PPA).

El debate energético en España se ha centrado en el precio del mercado mayorista, cuando el verdadero reto está en cómo se gestiona el sistema en su conjunto. España tiene los recursos y la capacidad para convertirse en uno de los sistemas eléctricos más competitivos de Europa, pero para lograrlo no basta con seguir instalando megavatios de generación renovable: es necesario completar el sistema.

En el nuevo contexto energético, no ganará quien produzca más energía barata, sino quien sea capaz de convertirla en valor real para la economía.



La red no está preparada para absorber toda la generación renovable disponible ni para gestionarla de forma óptima